2° Premio **Néstor Flores**

Mi abuelo Gaucho

Hace mucho tiempo atrás, Cachi era muy pobre, con unas pocas casas alrededor de la plaza. A pesar de ello, el pueblito lucía de verde, rodeado de ríos que siempre traían agua clara y muy fresca. Los cerros lo rodeaban dándole protección del frío y los vientos.

En esos tiempos no había otro medio de transporte más que caballos, mulas y carretas. Muchos hombres eran excelentes jinetes y domadores. Entre ellos sobresalía Don Santos, se lo conocía porque era fuerte como el quebracho para desarrollar las duras tareas del campo, tenía sus manos curtidas de tanto trabajar su cara refleja la sabiduría del que supo aprender de la experiencia. Sus ojos brillaban llenos de energía ante algún desafío de la vida. Siempre usaba un sombrero alón negro y ensillaba su caballo oscuro.

Una tarde llegó a su casa su hermano severo. Él era un hombre muy respetuoso y muy buen domador. Era el mejor y por todas partes lo conocían por valiente y conocedor del oficio. Santos al verlo, se puso muy contento. Hacía mucho que no se veían, muy animado llevó a su hermano a conocer los nuevos caballos que había comprado en esos días.

* ¡Qué lindos caballos que has conseguio, hermano! Dijo don Severo apoyado en la tranquera del corral.
* ¡Te animás montar uno de estos? Son nuevitos y no han probao freno todavía – explicó Don Santos a su hermano.
* ¡Meta!, pero el más malo, a ver qué te han traído esos maulas de la ciudá.
* Don Santos entró al corral y con una enlazada pudo sacar al mejor, era alto y alazán. Parecía que bufaba cuando se sintió atrapado.
* ¡Aquí lo tenís y agarrate bien, mirá que es bien mañero! – aconsejó a su hermano.
* Le vaís a enseñar a este gaucho! – contestó renegando Don Severo mientras ubicaba los estribos para asegurarse al cuerpo del animal.

Ya montado salió a toda velocidad, el caballo iba encorvándose para sacar al extraño hasta que dio un gran salto tratando de cruzar la ramada. Don Severo cayó en medio de unas grandes piedras que estaban a la orilla de la quebrada y quedó allí tendido sobre el suelo polvoriento. Don Santos presintiendo que algo podía pasar, había ensillado su moro y lo seguía desde lejos. Al ver lo sucedido se fue rápidamente a auxiliarlo. Se bajó de un solo brinco y ya estuvo con él. Le dio agua, le ayudó a sentarse pero Severo no reaccionaba. Entonces desesperado le dijo:

* ¡Hablá canejo!, tomá un poco de coca pa´ que te calme el dolor.
* Don Severo comenzó a reaccionar poco a poco y pudo responder entonces:
* Me duele la espalda.

Se quedaron sentados un rato sobre el suelo, tratando de recuperar las fuerzas perdidas con tan grande golpe, ahí descansaron y se fueron lentamente a la casa. – Vamos ya, te llevo en las ancas del moro, este es manso como un cordero – comentó don Santos tratando de dar ánimos a su hermano que se sentía mejor.

Finalmente llegaron a la casa. Todos estaban muy preocupados. Su esposa salió a su encuentro y al ver los golpes que tenía el hombre, buscó hierbas medicinales y sus ungüentos, con lo que Don Severo amaneció mejor al día siguiente. Con lo ocurrido, los hermanos reflexionaron mejor y se dieron cuenta de la edad que tenían ya, no era conveniente andar en esas aventuras

El nieto pelao